

Grínor Rojo

Las novelas de la dictadura
y la postdictadura chilena

¿Qué y cómo leer?

VOLUMEN I



Índice

Reconocimientos	5
Prólogo	9
EL CORPUS	21
I	
Ciento setenta y nueve novelas	23
II	
Novelas lukacsianas... más o menos	31
III	
Romanticismo de la decepción	43
IV	
Sobredimensionamiento mimético	59
V	
Censura y autocensura	71
VI	
La tortura	85
VII	
Exilio, desexilio, reexilio	97
VIII	
La resistencia	113
IX	
Estética por sustracción o acerca del perturbado tiempo de los niños	127

X		
Vanguardias		137
XI		
Parodia, ironía y sátira		147
XII		
Eltit		159
XIII		
Ciencia ficción <i>made in Chile</i>		165
XIV		
<i>Ars allegorica</i>		171
XV		
Revista de los estados en la sociedad neoliberal: <i>Oír su voz y Mano de obra</i>		193
XVI		
La periodización		205
El canon		215
Epílogo sobre la teoría		217

Prólogo

Para estudiar las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena, yo aparté un canon con treinta y cuatro de ellas que fueron las que por razones ideológicas y *estéticas* me parecieron las más meritorias, pero lo hice a sabiendas de que el corpus completo estaba compuesto por cien, ciento cincuenta o doscientas, y que iba a llegar el momento en que tendría que dar cuenta de él en su integridad. Por otra parte, ¿será una *boutade* demasiado grosera argumentar que toda, absolutamente toda, la literatura publicada en Chile o por chilenos con posterioridad al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 es una literatura a la que aquel acontecimiento y sus secuelas le cortan el traje o, en otras palabras, que estas son unas obras de arte literario todas las cuales estarían signadas a fuego por la dictadura (o por el «Estado de excepción», como empezaron a decir en algún momento los revolucionarios franceses) y por la postdictadura (o sea por el post Estado de excepción) en que los ciudadanos de este país nos debatimos desde hace más de cuarenta años? Puede que sea una *boutade*, en efecto, aunque me temo que menos grosera de lo que se podría suponer.

Por supuesto, no tiene nada de novedoso argüir a estas alturas que diecisiete años de gobierno castrense le modificaron a la sociedad chilena su manera de estar en el mundo y que, como consecuencia de ello, no pudieron menos que modificárselas también a las producciones simbólicas. El argumento del sociólogo Tomás Moulian, quien en 1997, en su importante *Chile actual. Anatomía de un mito*, sostuvo la tesis de que en nuestro país la revolución no la llevaron a cabo los revolucionarios sino los hombres de uniforme, de la mano con los dueños del capital y sus ideólogos, los ingenieros comerciales, retoños la mayoría de ellos de las mejores familias chilenas, graduados en la Pontificia Universidad Católica y que terminaron de pulir sus habilidades en la Universidad de Chicago, en cuyas aulas se beneficiaron con las estimulantes lecciones de los neoliberales Milton Friedman, Arnold Harberger y Larry Sjaastad, es, al mirárselo desde este punto de vista y aunque nos deprima o nos suene a paradoja, defendible¹.

Por lo mismo, se entiende que el «campo» de la cultura chilena de los últimos cuarenta años y, dentro de él, el subcampo de la literatura, hayan sido objeto de cambios medulares que solicitan nuestra atención. Son esos unos cambios que se echaron

¹ Tomás Moulian. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile. LOM, 2002, p. 27 et sqq.

a andar muy poco después del 11 de septiembre de 1973 con un ímpetu principista que era comprensible entre otras cosas como el reventón de unas animadversiones antiguas, así como de unas ansias de revancha que lo que se proponían era compensar generosamente a aquellos que se consideraban perjudicados por la historia anterior, *por la historia anterior de por lo menos cincuenta años*, produciendo al implementarse un quiebre en lo que el temprano Raymond Williams hubiese reconocido la estructura del sentimiento colectivo. En un folleto que publicaron la Asesoría Cultural de la Junta de Gobierno y el Departamento Cultural de la Secretaría General de Gobierno a pocos meses de haberse entronizado el régimen cívico-militar (sí, esas dependencias burocráticas existieron, por increíble que parezca), se prometía textualmente:

eliminar los vicios de nuestra mentalidad y comportamiento [...] conformar una sociedad en la cual tengan plena vigencia hábitos y costumbres que revelen la solidez de una comunidad que se orienta en los valores permanentes que emanan de la concepción cristiana occidental de la vida y de las raíces de la chilenidad [y ello de manera tal que en esa nueva sociedad se reemplace] el desenfreno en las costumbres por la moralidad y decencia en las manifestaciones individuales y colectivas; la invasión de influencias extranjeras negativas que sepultaron nuestro sentido nacional, por una exaltación de nuestras mejores tradiciones histórico-culturales; la indisciplina manifestada en todos los órdenes de las actividades, por el concepto de jerarquía y autoridad; la flojera y el ocio que provocaron el estancamiento de nuestra economía, por el estímulo al trabajo y el cumplimiento del deber; la mediocridad y el conformismo destructor de toda iniciativa, por el espíritu de perfección y el aliento al impulso creador; la disolución, la ordinariedad y la vulgaridad que desprestigiaron a la autoridad, a la función pública y a las expresiones mal llamadas populares, por la corrección y la sobriedad, en todas sus manifestaciones².

Nótese el florilegio de lugares comunes que contiene este manifiesto, en el que con una prosa de cuartel se cubren ítems tan disímiles como la concepción occidental cristiana del mundo, el amor a la Patria y el comportamiento «moral», «decente», «correcto» y «sobrio» –ni «ordinario» ni «vulgar», claro está– de los individuos y la comunidad. Todo eso con un solo propósito: el retorno de Chile a un orden disciplinario. El pasado del pregolpe habría sido un tiempo del desorden y desconocimiento de la autoridad; el futuro del postgolpe iba a ser el de la restauración de esos sanos principios que nunca debieron perderse.

Pero ése fue sólo el comienzo. A los (des) criterios expuestos en aquel ignaro folleto se añadirían muy poco después, sin que importaran las incoherencias con lo

² *Política cultural del gobierno de Chile*. No hay autor individualizado, ni lugar, ni fecha de impresión.

que pasaba por ser el plan maestro de una cultura de barracas (incoherencias con la retórica bravucona y machacona del nacionalismo, desde luego. Recuérdense tan sólo a esos colegiales chilenos a los que se obligaba a cantar la canción nacional completa, poniendo especial énfasis en la estrofa de los «valientes soldados», o recuérdense el «Altar de la Patria» y la «Llama de la Libertad», cortando el tránsito en la mitad de la Plaza Bulnes), la apertura del país a los flujos culturales de la globalización y la banalización convertida en reina y señora de los aparatos comunicacionales, prensa, radio, televisión y demás.

Fue ese el estreno en Chile del «ocultar mostrando» de que ha hablado Pierre Bourdieu elocuentemente en sus análisis sobre el funcionamiento de la televisión, cuando pone en descubierto y denuncia las faenas desmovilizadoras que a su juicio cumple este «colosal instrumento de mantenimiento del orden simbólico», esta «forma particularmente perniciosa de violencia simbólica»³. Triunfo en Chile de la banalidad en los medios y, a través de los medios, en la conciencia de un público estupidizado, embrutecido por su constante exposición a la confortable placidez de lo inocuo. Una banalidad que por lo mismo no era ni es la tonta ingenua y sentimental por la que la toman las personas de buen corazón, sino que constituye un distractivo poderoso que facilita el que los dueños del poder lo ejerzan sin contrapeso. Porque si la falsa ingenuidad constituye un síntoma inequívoco de escasez intelectual, el sentimentalismo es el que reemplaza a la inopia del gusto.

Presente en prácticas escriturarias diversas, en la poesía, en el drama, en el ensayo, mi trabajo en este libro me ha permitido percatarme de que probablemente sea la novela el medio en que tales degradaciones, que como he dicho tuvieron su apogeo en nuestro país en los años setenta y ochenta, acatándolas a ratos pero más a menudo subvirtiéndolas, se plasman de una manera sensible. El cura Urrutia/Ibacache, el protagonista de *Nocturno de Chile*, la novela de Roberto Bolaño, lo reconoce con el fariseísmo gazmoño que lo identifica: «la costumbre distiende toda precaución, la rutina matiza todo horror»⁴. Hoy, cuarenta años después, esas manifestaciones de aprecio por la quietud de lo inane han devenido en lo «natural» y lo «obvio», en lo que nadie discute.

Novelas de la dictadura y la postdictadura, en consecuencia. Más todavía: un conjunto amplio de obras de arte literario a las que yo voy a diferenciar de inmediato deslindándolas como constitutivas del ciclo de las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena, el que, cuando lo contemplo en la entera magnitud de su despliegue, encuentro que se articula al modo de una «franja» ancha, compacta y la más rica y significativa dentro del «subcampo» (o, como yo mismo lo propuse en

³ Pierre Bourdieu. *Sobre la televisión*, tr. Thomás Kauf. Barcelona. Anagrama, 1997, p. 20.

⁴ Roberto Bolaño. *Nocturno de Chile*. Barcelona. Anagrama, 2000, p. 142.

2001, dentro de la «formación discursiva») de la literatura chilena contemporánea. Si la literatura chilena no es el todo homogéneo que se cree que es y si tampoco se halla sometida a un proceso de evolución monolineal, según lo imaginaron los historiadores tradicionales, de ordinario hermanando los textos que tenían delante suyo en virtud de su adscripción a la común «identidad de los chilenos» y aplicando la lógica de las «generaciones», sino un compuesto diverso y que corre por carriles que también lo son (aun cuando como es obvio dependa en última instancia de los desplazamientos que tienen lugar en el campo de la macrohistoria), lo que corresponde no es minimizar, sino distinguir esa diferencia. Con el añadido de que en el presente caso estaremos hablando de una franja a la que llena un ciclo de obras que es comparable con otros ciclos famosos de la literatura mundial moderna y también latinoamericana. Por ejemplo, con el balzaciano, que el maestro francés teorizó censurando la dispersión temática de Walter Scott e introduciendo en cambio el ideal de una «ligazón» («*relier*») armónica entre las partes⁵; y en América Latina con el de la poesía gauchesca decimonónica y en el siglo XX con el de las novelas de la Revolución Mexicana, con las del indigenismo, con las de la «violencia» colombiana y, más recientemente, con las del (todavía incrementándose y en cada ocasión con una dosis de salvajismo más grande aún que en su versión anterior) narcotráfico.

Un ciclo literario, que en el caso que ahora me ocupa abarca a un corpus de ciento setenta y nueve obras que, cualesquiera sean sus diferencias, ideológicas, estéticas o de técnica narrativa, comparten un horizonte histórico que es circunscrible a un tiempo de cuatro decenios y un lustro durante cuyo despliegue se produjeron en nuestro país sucesos graves, los que, cuando nosotros los reencontramos en los relatos de ficción, son protagonizados por o asociados a unos personajes y a unos acontecimientos a los cuales podemos vincular temáticamente y que, en tanto los encarnan «tipos» humanos, se repiten (ellos u otros similares a ellos) de un volumen a otro.

Es lo que a mí me ha llevado a postular en este ensayo que las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena conforman un ciclo literario, activo desde hace más de cuarenta años y que aún no se cierra. Obedeciendo en última instancia a las incitaciones de un período coherente de la historia de Chile, al interior de este ciclo cada unidad es responsable por el dominio que ella cubre, que vale tanto como decir que se encuentra premunida con su propia e inconfundible especificidad, pudiendo así ser leída y apreciada en y por sí sola, pero sin que eso le impida formar parte de una clase dentro de la cual se inserta a causa de su participación en una red de afinidades

⁵ «... ligar sus composiciones a fin de coordinar una historia completa, en la que cada capítulo hubiese sido una novela y cada novela una época». «Prólogo» a Honorato de Balzac. *La comedia humana*. Vol. I, trs. Mauro F. de Dios, Alberto Barasoain, Francisco Álvarez y José Planas Paldú. Madrid. EDAF, 1970, p. LV.

Grínor Rojo

Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena

Quince ensayos críticos

VOLUMEN II



Índice

Reconocimientos	5
Prólogo	9
1978	
<i>Los convidados de piedra</i> o del retorno (feroz) del reprimido oligárquico	11
1981	
Donoso conversa con Donoso sobre la posibilidad de escribir la «gran novela del golpe»: <i>El jardín de al lado</i>	31
1986	
Retórica y política en <i>La Gran Ciudad</i> , de Omar Saavedra Santis	51
1986	
<i>Óxido de Carmen</i> , de Ana María del Río, o del poder totalitario	71
1991	
«Mala onda», «lata» e «ironía» en <i>Mala onda</i> , de Alberto Fuguet	91
1992	
Cuatro lecturas para <i>Cobro revertido</i> , de José Leandro Urbina	111
1995	
Germán Marín está de visita en <i>El palacio de la risa</i>	131

1996		
Texto, intertexto y subtexto en		
<i>Una casa vacía</i> , de Carlos Cerda		151
2000		
El ridículo espantoso (además de chileno) en <i>Nocturno de Chile</i>		169
2004		
<i>La burla del tiempo</i> , de Mauricio Electorat:		
los «momentos» de la historia		187
2005		
Carlos Franz, <i>El desierto</i>		
y la doble tragedia de Chile		205
2007		
José Miguel Varas: militar> <i>Milico</i> <militante		225
2009		
Fátima Sime, <i>Carne de perra</i>		
o acerca del amo y su esclava		245
2012		
Ficción e historia en <i>Los días del arcoíris</i> , de Antonio Skármeta		263
2012		
Pedalear, rockear, crecer, recordar y novelar: <i>Ruido</i> , de Álvaro Bisama		281

Prólogo

Este es el segundo volumen de mi investigación sobre las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena. Si el objetivo del primero fue constituir y mapear un corpus de ciento setenta y nueve novelas y seleccionar un canon de treinta y cuatro, el de éste ha sido poner a disposición de los lectores quince ensayos que se centran cada uno de ellos en una de las piezas del canon propuesto y cuyo análisis me ha parecido esencial: de Jorge Edwards, José Donoso, Omar Saavedra Santis, Ana María del Río, José Leandro Urbina, Germán Marín, Carlos Cerda, Roberto Bolaño, Mauricio Electoral, Carlos Franz, José Miguel Varas, Fátima Sime, Antonio Skármeta y Álvaro Bisama.

Complementa por lo tanto este volumen al anterior, obedeciendo a la misma premisa: que las novelas que estudio en esta investigación forman parte de un ciclo literario de carácter sistemático y que ha estado en desarrollo durante un período coherente de la historia de la República de Chile. El período es el que denomino de nuestra tercera modernidad, que se inaugura con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y que aún no ha concluido. Une a las novelas que a mí me interesó conocer el apego a su coherencia al margen de la mayor o menor distancia temporal que pueda existir entre ellas y también al margen de su previsible diversidad ideológica y estética. La materia prima que les ha servido de referente no es otra que la memoria del país chileno previo al golpe de Estado, la memoria de los mil días del gobierno de Salvador Allende, luego la memoria del país que siguió al golpe de Estado, durante los diecisiete largos años que duró la dictadura de Augusto Pinochet, y finalmente la posterior al término de la dictadura, este último tramo el de la recuperación de una democracia que nos está resultando cada vez más el vocablo con que se nombra a una escurridiza entelequia. Por eso, hablo aquí de un período histórico coherente. Que cuando le pongo punto final a este libro los ciudadanos de este país sigamos relacionándonos políticamente bajo el paraguas de la constitución del dictador es la prueba grotesca de esa continuidad.

Con todo, como lo hice ver en el prólogo del primer volumen, las novelas que formaron parte de mi investigación y con mayor razón las que ahora estudio, no son escritura referencial o, más exactamente, aunque sea innegable que ellas pueden ser leídas de esa manera *también* (es lo que hacen los periodistas, los historiadores o los sociólogos, por ejemplo), no es eso lo que yo he hecho en mis ensayos. Mi decisión fue

leer estas novelas como lo que aspiraban a ser, literatura y literatura de ficción, aunque ello no signifique que yo haya leído en sus páginas sólo lo que sus autores o incluso lo que ellas por sí mismas me quisieron decir. Creo en definitiva en la autonomía del lenguaje literario. No creo que esa autonomía haya llegado a su fin, como lo proclaman algunos de mis colegas demasiado enceguecidos por las novedades económicas y tecnológicas de los últimos tiempos, no la de la buena literatura en cualquier caso. Por el contrario, pienso que en su autonomía reside una de las máximas capacidades del arte verbal, la de entregarnos una visión del hombre y del mundo cualesquiera hayan sido las intenciones que animaron el dibujo de las letras sobre el papel.

Esto explica que me parezca legítimo decir que las obras de literatura son autónomas, aunque no me parezca igualmente legítimo decir que ellas son autosuficientes. La verdad que las obras de literatura contienen nos pide ser resignificada a lo largo del proceso lectivo, y en eso consiste precisamente la tarea del crítico (o la del buen lector, que no otra cosa es el crítico). Éste no lee así para negar que las obras literarias estén habilitadas para comunicar algo importante acerca del hombre y del mundo sino para poner de manifiesto el modo con que lo hacen, el cómo la buena literatura acaba siendo, por ella misma y recurriendo a sus peculiares recursos, una forma de conocimiento y, además, según suele suceder, una forma de conocimiento que deviene a menudo superior, más rica y profunda, que las de los géneros referenciales, la «escritura de al lado», como la ha llamado mi amigo Leonidas Morales T. Si yo logré leer las quince novelas que convoca este libro de esa manera, si tuve éxito en la faena de reconocer en esas novelas por lo menos una pizca de su especificidad y en hacérsela presente a mis lectores, me daré por satisfecho.

GRÍNOR ROJO
La Reina, 18 de septiembre de 2015